



HIDALGO NUCHERA, Patricio: *La fidelidad premiada. La entrada del retrato de Fernando VII en Manila el 18 de diciembre de 1825*, Madrid, Asociación cultural y científica iberoamericana, 2018, 215 págs. ISBN: 978-84-17519-16-2.

Manuel Rivero Rodríguez
Universidad Autónoma de Madrid

El profesor Hidalgo Nuchera es un reconocido especialista en los estudios sobre Filipinas, con esta obra ha querido abordar, y lo ha hecho con acierto, un pequeño episodio en apariencia anecdótico, un suceso relevante en un rincón del imperio al que no se le ha prestado la debida atención hasta fechas recientes. Es un libro bien escrito y bien editado, lo cual es un regalo hoy en día. Ayuda además una cuidadosa edición, con láminas en color y completos apéndices documentales.

Un asunto en apariencia trivial, el envío y recepción de un retrato de Fernando VII a Filipinas, constituye el punto de partida del estudio. La base material es el hallazgo de un espléndido manuscrito cuajado de hermosas acuarelas, un álbum conmemorativo de la recepción en Manila de la efigie regia. Este motivo permite al autor diseccionar la compleja realidad filipina a caballo de los siglos XVIII y XIX. El recibimiento del cuadro, el manuscrito conmemorativo y el propio retrato (desaparecido) permiten al autor realizar un interesante ejercicio analítico, desgranando con detalle una descripción densa y cuidadosa, con la que procede a un relato que articula en diversos planos, las relaciones de sucesos, la fiesta pública, la cultura de Corte, la historia del Arte y la historia política y social. Todos estos planos, ensamblados y yuxtapuestos, ofrecen diversas perspectivas que van desde Vicente López, el pintor autor del retrato, su técnica (con el análisis de bocetos y borradores), la fijación de las imágenes oficiales (con la ejecución del retrato y

de los copistas que se afanan en reproducirlo con diversos destinos), hasta alcanzar el empleo de las imágenes en la creación del sentimiento de pertenencia a una comunidad en la que Filipinas tenía su lugar, la Monarquía de España.

La fidelidad es el eje sobre el que gira todo el libro y responde bien a la pregunta de porqué no se emanciparon las islas, ni siguieron el ejemplo de las emancipaciones americanas. Es importante destacar el valor otorgado por el autor a las imágenes y su vínculo con sentimientos y emociones, la lealtad seguramente tiene que ver más con ese aspecto emocional que con elaborados discursos y razones filosóficas. Ciertamente en las islas no hubo movimientos de emancipación, pero tampoco fue un espacio tranquilo. La percepción clásica de que el archipiélago quedó fuera de las turbulencias de la Monarquía porque había una colonización débil queda puesta en tela de juicio al apreciar la composición de la colonia sobre un delicado ensamblaje de comunidades en equilibrio, celosas de sus privilegios, que la corona garantiza y preserva. El profesor Hidalgo acierta al salirse del esquema del relato de las emancipaciones latinoamericanas y la singularidad filipina poniendo el acento en la preservación de unas estructuras que el reformismo borbónico debilitó y destruyó en el continente americano pero no en las islas del Pacífico.

En Asia se conservaron los modelos de integración que habían sido generados en el tiempo de la conquista, aquellos que nos informan de un siglo XVII pacífico y próspero. Lo cual nos remite a la imagen del rey. Recuerdo un cuadro del museo nacional de Arte de la Paz que representa la coronación de la Virgen con la Pachamama, flanqueada por las imágenes del Papa y del rey de España. Estas representaciones con los retratos reales informan de una garantía del orden, de un monarquismo ingenuo que remite en la persona del rey a un orden inmutable y justo. Lo cual es extensible a todos los territorios, tanto de Europa como de fuera de ella. Normalmente observamos que en los territorios de la monarquía los retratos reales presiden los tribunales, las salas donde gobernadores y virreyes reciben a los súbditos en audiencia o la cabecera de Parlamentos y Cortes presidiendo simbólicamente el reino (en los virreinos europeos). De los retratos de los soberanos españoles dispersos por la vasta geografía del imperio español, es muy conocido el retrato de Felipe II de la Audiencia de Nueva España que actualmente se encuentra en el palacio nacional de México, donde aparece representado como rey de Portugal. Estas imágenes reales tenían una finalidad que no era puramente decorativa, garantizan que el rey no olvida y está presente como padre que vigila y cuida, que cumple sus promesas, mercedes y privilegios. No hace mucho el presidente de México, López Obrador, se llevó la sorpresa de que al consultar a los líderes indígenas sobre sus demandas estos le remitieron al cumplimiento de los privilegios concedidos por los reyes de España. Así pues, no es materia baladí lo que se estudia en el libro que aquí presentamos.

La llegada del retrato de Fernando VII a Manila en 1825, fue un regalo expreso del soberano para agradecer personalmente la lealtad de los filipinos en uno de los momentos más turbulentos de la Historia de España. La lealtad de los filipinos no hay que darla por descontada, superó momentos muy difíciles. Desde 1808 el vínculo entre la metrópoli y la colonia sufrió un grave deterioro, en primer lugar por la invasión francesa de la península ibérica y después por las guerras de independencia iberoamericanas que rompieron la comunicación en el tramo Manila-Veracruz. De hecho,

la independencia de México pudo haber eliminado ese vínculo para siempre. En este estudio puede observarse que la permanencia de Filipinas no fue un raro milagro. El análisis de la Corte provincial de Manila y el éxito de un modelo de integración que podríamos definir como de equilibrio entre comunidades diversas, españoles, chinos, tagalos y órdenes religiosas muestra un cuadro en el que las instituciones reales se desenvuelven como la clave del arco del sistema (Audiencia, palacio real) complementadas por el cabildo de Manila y el arzobispado. Las páginas dedicadas a la fidelidad de los filipinos me parecen muy sugerentes, pues en este ámbito de descomposición del imperio parece que los instrumentos que fracasaron en América fueron eficientes en Asia y es muy importante para ello la no aplicación del programa ilustrado y el bloqueo del proyecto constitucional de 1812. La Constitución hizo que las juntas que defendieron la legitimidad de Fernando VII se transformaran en revoluciones de lealtad antes de proceder a la emancipación.

En Filipinas, los indígenas, el «sector plebeyo campesino» (en la terminología de la época), protagonizaron la resistencia al cambio. También se habían opuesto en el pasado a las reformas borbónicas, protagonizando ahora brotes de insurgencia y actos de rebeldía contra la Constitución de 1812. Las autoridades afrontaron estos episodios de la misma manera que lo hicieron sus predecesores en tiempos de Carlos III, renunciando a hacer cambios. La Constitución, al abolir los privilegios, provocaba la ruptura entre comunidades, por ejemplo, desató fuertes enfrentamientos entre indígenas, chinos y mestizos. Celosos de la preservación de sus derechos y de sus fueros, los indígenas desataron un estallido de violencia los días 9 y 10 de octubre de 1820, procediendo a una matanza de extranjeros. El hecho de que el gobernador Juan Antonio Martínez Alcobendas decidiera no aplicar la Constitución pudo salvar a las Filipinas de una insurrección armada. Sin embargo en 1823 una intentona liberal tuvo que ser reprimida por la guardia del gobernador, pero se trataba de un movimiento muy minoritario.

La lealtad por tanto, la fidelidad que premia Fernando VII, es la de una comunidad que fija en el mantenimiento del Antiguo Régimen la solución para eludir la guerra civil, manteniendo los delicados equilibrios entre comunidades sin alterar privilegios, fueros, mercedes y acuerdos. Cuando en 1825 Fernando VII decide enviar este retrato lo que hace es manifestar su compromiso con las viejas leyes y los pactos sobre los que se sostenía el sistema. La respuesta de la sociedad iba en esta dirección, los arcos, carrozas y adornos de calles y edificios son la manifestación simbólica de la fidelidad a un orden en el que todos se reconocen y enuncian su pertenencia. Fernando VII, complacido, además de enviar su retrato dio merced a la ciudad de Manila para concederle el galardón de poner una corona real sobre la almena principal del castillo que figura en sus armas.